

*ARS LONGA. ACTAS DEL VIII CONGRESO  
INTERNACIONAL JÓVENES INVESTIGADORES  
SIGLO DE ORO (JISO 2018)*

Carlos Mata Induráin y Sara Santa Aguilar (eds.)





## ANTONIO DE ARANDA EN LA ENCRUCIJADA RELIGIOSA DEL SIGLO XVI

*Mikel Puga Chaves*  
*Universidad Complutense de Madrid*

### 1. PLANTEAMIENTO GENERAL

Los libros de peregrinación a los santos lugares del cristianismo son un subgénero de la literatura de viajes protagonizados por cristianos que emprenden un camino devocional hacia alguno de los enclaves más importantes del cristianismo medieval. Aunque estos centros de veneración no presentaran la misma relevancia, todos ellos participaban en un rasgo coincidente: la lejanía. Además, los itinerarios devocionales colaboraban en la creación de una comunidad de cristianos unidos por un mismo objetivo: conocer los escenarios sagrados vinculados a las personalidades más señeras de la Iglesia<sup>1</sup>.

El destino por excelencia de los peregrinos cristianos fue el de Tierra Santa. En este sentido, desde septiembre de 2017 hasta enero de 2018, la Biblioteca Nacional de España albergó una exposición sobre los viajes a este territorio en los siglos XVI y XVII. La presentación estuvo comisionada por el profesor Víctor de Lama de la Cruz, quien además fue el encargado de seleccionar los textos incluidos en la publicación *Urbs Beata Hierusalem*, obra que analiza este subgénero

<sup>1</sup> Díaz y Díaz, 1999, p. 55.

de la literatura viática<sup>2</sup>. El objetivo fue el de resaltar la amplia colección de libros de peregrinación que conserva la Biblioteca Nacional de España, un conjunto de libros de viajes que a la vez se divulgaron como obras de devoción y que, a la sombra de los géneros mayores, han sido relegados a un segundo plano por los estudiosos de la literatura. La exposición reflejó la importancia de este género literario en un momento histórico conflictivo, pues Europa se encontraba sumida en aquel momento en una encrucijada protagonizada por los enfrentamientos religiosos entre los movimientos reformistas y el catolicismo más tradicional. Asimismo, la caída de Jerusalén a manos del imperio otomano a comienzos del siglo XVI y la llegada al trono de Carlos I, futuro emperador, vinculan estos relatos con una situación política de constante tensión e inestabilidad. La reivindicación de este género olvidado debe ser entendida también desde el hecho de que actualmente se conserva un centenar de ediciones de las obras contenidas en la exposición, lo que prueba el éxito que debió alcanzar su lectura en los siglos XVI y XVII, sobre todo en tres de sus relatos: Antonio de Aranda, Francisco Guerrero y Antonio del Castillo.

Siguiendo por esta línea, queremos resaltar que nadie se ha preocupado por sacar a la luz la vida y obra de Antonio de Aranda, que fue uno de los minoritas que más ediciones logró publicar de su libro de peregrinación, titulado *Verdadera información de la Tierra Santa*<sup>3</sup>. Por su relato, sabemos que el religioso viajó a Jerusalén en compañía de 45 frailes para ocuparse de la custodia de los santos lugares. Sin embargo, antes de cumplirse los tres años que había acordado residir en territorio palestino, el padre guardián del Monte Sión le encomendó una misión secreta de gran importancia que exigía su presencia ante el emperador Carlos V, que por aquel entonces se encontraba en Alemania. De este modo, Antonio de Aranda se vio obligado a abandonar su estancia en Tierra Santa y cumplir con la misión diplomática que le habían asignado.

Aunque varios de estos aspectos han sido señalados por algunos estudiosos, todos ellos han tratado temas puntuales y ninguno ha aspi-

<sup>2</sup> Lama, 2017.

<sup>3</sup> Desde 1533 hasta 1584 fueron diez las ediciones que se publicaron de la *Verdadera información* de Antonio de Aranda, seis de ellas en Alcalá de Henares, y el resto en las ciudades de Toledo y Sevilla, lo que refleja el éxito editorial que abrazó a esta obra. Las tres últimas ediciones presentan un subtítulo que indica que los ejemplares fueron corregidos y enmendados en el proceso de impresión.

rado a reconstruir la vida de un autor que fue tan leído en su tiempo. Las pocas aportaciones de las que disponemos corresponden a la década de los setenta y ochenta del siglo pasado, y se reflejan en los artículos de Augustin Arce<sup>4</sup> y Manuel de Castro<sup>5</sup>. El trabajo de Augustin Redondo, por su parte, compara el primer libro de Aranda con la obra *Viaje de Turquía*, mostrando de este modo las dos facciones ideológicas que enfrentaron a los religiosos de occidente en pleno siglo XVI: por un lado, los miembros del catolicismo más tradicional; por otro, los defensores de Erasmo, que abogaban por una religión que rechazara los ritos y manifestaciones externas de devoción<sup>6</sup>.

Por ello el propósito con el presente trabajo es el de recuperar la figura histórica y literaria de fray Antonio de Aranda y, más concretamente, el periodo correspondiente a su estancia en territorio palestino, pues fue una de las etapas de su vida que más interés puede suscitar a la investigación actual.

## 2. ESTANCIA DEL FRANCISCANO EN TIERRA SANTA

Fray Antonio de Aranda viajó a Jerusalén en compañía de cuarenta y cinco frailes. Según cuenta en su *Verdadera información...*, embarcó en una galera veneciana en el verano de 1529 con la intención de llegar a su destino en un periodo inferior al mes y medio, que es el espacio que suele ocupar el viaje a Palestina si el viento es favorable a las embarcaciones<sup>7</sup>. El 3 de septiembre llegaron al puerto de Jaffa y, tras esperar la llegada de los camellos que los llevarían hasta Jerusalén,

<sup>4</sup> Arce, 1975.

<sup>5</sup> Castro, 1977.

<sup>6</sup> Redondo, 2007.

<sup>7</sup> La primera fase del viaje tenía como destino la ciudad de Venecia, aunque cabía la posibilidad de visitar por el camino la capital de Italia. Aunque Roma no constituyera, al menos entre los siglos X y XIII, un enclave religioso tan estimado como Jerusalén, la presencia en la ciudad del Sumo Pontífice y la corte suprema del cristianismo hacía que algunos viajeros adelantaran su fecha de salida con el objeto de permanecer allí varios días. Por si fuera poco, a partir del siglo XII, se produjo un crecimiento en las relaciones entre Italia y España, con el consiguiente aumento del número de peninsulares viajantes a Roma, bien por motivos diplomáticos, bien por lograr algún favor especial del Papa. Para más información sobre el desplazamiento hasta Roma, ver Rucquoi, 2012.

entraron por fin en la ciudad sagrada el día de la natividad de la Virgen, es decir, el 8 de septiembre de 1529<sup>8</sup>.

Ya en esta última ciudad, los frailes se hospedaron en el monasterio del Monte Sión, ubicado en la parte meridional del sacro Cenáculo. La procedencia de los religiosos era variada: franceses, polacos, alemanes, italianos, etc. pero, por encima de todo, destaca el autor la ínfima cantidad de españoles hospedados en aquel lugar, signo, sin duda, de la poca estima, o tal vez, al temor manifestado por los peninsulares ante este desplazamiento.

La estancia de los franciscanos en el convento del Monte Sión debe remontarse hasta la época de los reyes de Nápoles y Sicilia (1309-1343), que lograron hacerse con el dominio del Cenáculo y de los edificios anejos al mismo. Según informa García Barriuso<sup>9</sup>, en el siglo XIV, las construcciones que se conservaban en el Monte Sión no eran más que un conjunto de ruinas olvidadas. Roberto I de Nápoles y Sancha de Mallorca se hicieron con el dominio pleno de aquel lugar y, tras financiar su reconstrucción, la pusieron en manos de los franciscanos.

El capítulo doce de la *Verdadera información* ofrece una serie de aclaraciones en torno a los frailes que habitaban en Jerusalén durante la estancia del autor. Antonio de Aranda expresa que solo la orden seráfica presenta la posesión canónica y espiritual de la Tierra Santa, pues en los doscientos años dedicados a su custodia, sus miembros han sido los únicos que han perdurado en el sustento de sus lugares sagrados.

Al hablar de la organización de la orden, Aranda añade que la elección del guardián del Monte Sión se decreta en los capítulos generales, y que tanto la persona electa como la familia de frailes que le acompaña debe mudar cada tres años con el fin de que los lugares sagrados sean visitados por el mayor número posible de fieles. En otros capítulos de su obra, Antonio de Aranda habla sobre las gentes que viven en la ciudad sagrada: «Habrà mil moradores de cristianos, y más de quinientos judíos. Todos los demás son moros. Porque los turcos son pocos, pero son señores absolutos de todo y de todos»<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Aranda, *Verdadera información...*, fol. 110v. En adelante, se citará a partir de la edición de 1550-1551.

<sup>9</sup> García Barriuso, 1992, p. 108.

<sup>10</sup> Aranda, *Verdadera información...*, fol. 19r.

En palabras del autor, la relación que los turcos y los moros mantienen con los judíos es de una continua hostilidad. La convivencia con los cristianos, por su parte, no es tan desfavorable. La mayor rivalidad la encuentra el escritor en las pugnas entre moros y turcos, cuya mortal enemistad provoca continuos enfrentamientos, ya que los turcos conquistaron el territorio que antes era posesión de los moros. A raíz de esto, los últimos son vilipendiados con frecuencia por los nuevos gobernadores de Jerusalén, y reciben un trato de cautivos más que de vasallos.

Volviendo a la estancia del autor en Tierra Santa, no se debe pasar por alto que son tres los años que Aranda debería haber residido en Jerusalén, aunque, como se matizará posteriormente, no llegó a cumplirlos por motivos ajenos a sus propios intereses. Una vez instalado en la ciudad, Aranda visitó varias «estaciones» organizadas y reguladas diariamente por los propios franciscanos. Sin embargo, el autor deseaba salir de la Ciudad Eterna y conocer las otras provincias de Samaria y Galilea con el propósito de completar la descripción que de toda la Tierra Santa aspiraba a componer con su primera obra. El escritor pensaba que su partida tendría lugar después de la pascua de resurrección de 1531, pero la fecha de salida se tuvo que adelantar:

Pero como Dios nuestro señor dispone las cosas cómo y cuándo le place, de tal manera ordenó que fue necesario al padre guardián nuestro del Monte Sión partirse de Jerusalén para Beirut antes de Navidad a entender en un negocio de mucha importancia. Habiendo pues el padre guardián de hacer este viaje quiso que le acompañase. Y esta fue la ocasión que muy más presto que pensaba y aun que deseaba (ca los que están en el santo sepulcro y calvario suspenden los deseos de visitar otros santuarios) visité los principales y más sanctos lugares de Samaria y Galilea, porque estas dos provincias se atraviesan por medio para venir a esta ciudad de Beirut, donde estoy agora en la expedición de aquel negocio, siendo tornado nuestro padre el guardián a Jerusalén<sup>11</sup>.

Como puede apreciarse, Aranda se vio obligado a interrumpir su estancia en Jerusalén para ejercer de acompañante del guardián del Monte Sión, quien le pidió confiadamente se trasladara con él a Beirut para apoyarle en un negocio que se le había encomendado. Una vez en la ciudad libanesa, fray Batista de Macerata, que así se llamaba

<sup>11</sup> Aranda, *Verdadera información...*, fol. 92v.

el guardián, ordenó al escritor viajar a Trípoli en calidad de predicador y zarpar de allí rumbo a Venecia en cumplimiento de un despacho de vital transcendencia para el cristianismo. Sin embargo, en ningún momento revela el autor la naturaleza de su misión ni descubre detalles sobre el papel que desempeñaba en el mismo.

Augustin Arce, al seguir los pasos del franciscano tras su regreso a occidente, remite a dos documentos para arrojar luz sobre las tareas que el escritor desarrolló en Venecia<sup>12</sup>. El primer informe es una carta redactada por el propio Aranda a Carlos V, en el que informa al emperador de su llegada a la ciudad italiana en posesión de dos misivas que debía entregarle, junto a una serie de informaciones confidenciales que le serían de provecho<sup>13</sup>. Para que la espera no se alargara demasiado y el emperador fuera informado lo antes posible, el embajador español en Venecia aconsejó al franciscano enviase las cartas al emperador y que después se reuniera con él para advertirle personalmente del contenido de la correspondencia y aclararle en vivo las posibles dudas que le pudiera haber suscitado su lectura.

El segundo documento al que remite Augustin Arce es una carta enviada por el embajador Rodrigo Niño al emperador Carlos V<sup>14</sup>. En ella, el remitente anuncia la llegada de dos frailes provenientes de Tierra Santa y enviados por el guardián de Jerusalén. Rodrigo Niño informa al emperador del origen de ambos hombres y del camino que emprendieron desde la provincia de Judea hasta su presencia. Al encontrarse en persona, los franciscanos quisieron saber el lugar donde se hallaba su majestad y las jornadas que debían recorrer para reunirse con él. El embajador solventó todas las dudas que presentaban Aranda y su compañero y les interrogó acerca de la situación que vivía su orden en aquellos territorios orientales. Los frailes, en cambio, no quisieron revelar información que pudiera arrojar luz sobre ciertas circunstancias cuyo conocimiento estaba reservado en exclusiva a Carlos V, y demandaron al embajador dos caballos con los que pudieran desplazarse hasta la presencia de este último. Rodrigo Niño satisfizo la petición de los minoritas y puso a su disposición dos cabalgaduras en Padua, desde donde salieron en dirección a su nuevo des-

<sup>12</sup> Arce, 1975.

<sup>13</sup> Documento disponible en Simancas, Archivo General, Estado, legajo 1308, fol. 214.

<sup>14</sup> Documento disponible en Simancas, Archivo General, Estado, legajo 1308, fol. 217.



tino. Antes de partir, el embajador aconseja a los viajeros que oculten los verdaderos propósitos de su desplazamiento con el fin de evitar situaciones como la ocurrida recientemente con un fraile que, tras entrevistarse con Carlos V, fue apresado en Constantinopla y acusado de espionaje.

Por aquel entonces, el emperador se encontraba en Alemania atendiendo los asuntos políticos que hacían peligrar la estabilidad del imperio. La situación era algo delicada: el poder de las tropas otomanas se cernía sobre los reinos cristianos y el rey de Francia colaboró en algunos aspectos con Solimán el «Magnífico». Carlos V firmaría finalmente la Paz de Nuremberg para hacerse con aliados que conformaran un grupo unido contra la amenaza turca. Con esta misma intención comenzaría a relacionarse con el rey de Persia a través de una correspondencia mediada por un embajador<sup>15</sup>. De hecho, algunas de estas cartas fueron las que Aranda tuvo que entregar a Rodrigo Niño al desembarcar en Venecia.

Ahora bien, la razón por la que Aranda suspendió su estancia en Jerusalén para presentarse ante el emperador no se encuentra únicamente en la necesidad de entregarle esta correspondencia. El escritor y su acompañante tenían que comunicar algo importante a su majestad. El contenido de esa misteriosa y secreta información ha sido analizada por algunos estudiosos, y todos ellos han aventurado una misma hipótesis cuya validez argumentan remitiendo a algunas palabras extraídas del libro de peregrinación del escritor. A este respecto, no hay que olvidar que anteriormente se había mencionado que, en su *Verdadera información...*, Aranda daba cuenta a sus lectores de la diversidad cultural y religiosa que recorría las calles de Jerusalén, y los continuos enfrentamientos que esto desencadenaba entre sus moradores, sobre todo entre los moros y los turcos. Son estos mismos fragmentos los que señalan tanto Augustin Arce como Manuel de Castro para corroborar sus teorías<sup>16</sup>. Creemos conveniente remitir a continuación a parte de este fragmento:

Los moros y turcos son mortales enemigos, porque como los turcos conquistaron esta tierra de los moros, son muy mal queridos de ellos, y los turcos no solo no se fían de ellos, pero trátanlos muy mal, así en las personas como en las haciendas [...] Y así están como desesperados

<sup>15</sup> Arce, 1975, p. 460.

<sup>16</sup> Arce, 1975, pp. 455-456; Castro, 1977, pp. 107-108.

deseando y rogando a Dios que vengan cristianos a tomar esta tierra, por vengarse de sus enemigos. Y aun porque saben de sus antepasados por experiencia, que serían muy mejor tratados de cristianos que no son de los turcos. Y creedme pues escribo estando despierto que no sería llegado el ejército cristiano a estas partes cuando se rebelarían todos contra el turco<sup>17</sup>.

Para entender mejor estas palabras, resulta conveniente remitir a la historia del momento y a las hazañas bélicas que originaron que los turcos vieran mejorada la posición de su imperio en el mundo mediterráneo. De hecho, el 30 de diciembre de 1516, Selim I entró en Jerusalén y pidió a los religiosos de aquel lugar les entregase el tesoro que guardaban en la Iglesia del Santo Sepulcro. Estos se negaron numerosas veces a satisfacer los deseos de tan avaro gobernador y, finalmente, fueron echados a prisión durante veintisiete meses. Junto a ello, semanas antes, Selim se había hecho con las ciudades de Alepo y Damasco; y un año después de su entrada en la ciudad sagrada lograría vencer al rey Tomambeï y a su ejército de mamelucos en el Cairo<sup>18</sup>. Como resultado de estas victorias, el emperador de los turcos tendría bajo su yugo a Palestina y a Jerusalén durante cuatrocientos años.

Tras la muerte de Selim I en 1520, su hijo Solimán tomó el mando y continuó desarrollando en su imperio la misma política expansionista que había caracterizado al gobierno de su padre. Europa se encontraba en constante tensión por aquel entonces debido a los logros que las tropas de Solimán estaban llevando a cabo en los reinos cristianos. El profesor Víctor de Lama recuerda, por ejemplo, que el Gran Turco se hizo con Belgrado en 1521, y que un año después consiguió invadir la hasta entonces inexpugnable ciudad de Rodas. También indica que en 1526 el ejército otomano salió vencedor en la batalla de Mohacs contra Luis II de Hungría y que se hizo, acto seguido, con el dominio de la capital húngara<sup>19</sup>.

Los constantes triunfos de las fuerzas otomanas preocupaban también a los habitantes de Jerusalén. Por si esto fuera poco, y tal y como se aprecia en el fragmento de Aranda, la convivencia entre moros y

<sup>17</sup> Aranda, *Verdadera información...*, fols. 19r-19v.

<sup>18</sup> Calahorra, *Crónica de la provincia de Siria y Tierra Santa de Jerusalén*, pp. 349-353.

<sup>19</sup> Lama, 2017, p. 95.

turcos en la ciudad sagrada estaba marcada por una constante hostilidad en la que los primeros eran sometidos a constantes vejaciones por parte de los nuevos ocupantes de aquel territorio. Por ello, es posible que los moros vieran en la figura de Carlos V la imagen de un hombre que podría liberarles de la pésima situación en la que se encontraban desde que los turcos entraran en sus dominios. Además, algunas líneas más abajo del último fragmento citado, Aranda declara que también los judíos aclamaban la venida del emperador desde que ciertos «falsos profetas» soñaran que en aquellos tiempos les había de ser restituida aquella tierra por la mano de un libertador cristiano.

Los pocos investigadores que han estudiado el «despacho de gran importancia» que llevó a Aranda a regresar súbitamente a Venecia han recurrido a las palabras del autor que acabamos de referir para justificar su opinión. En cambio, son también otros los pasajes que permiten llegar a la misma conclusión, y es que el minorita pudo acudir al encuentro de Carlos V para informarle sobre la situación política que reinaba en Tierra Santa y las probabilidades que las tropas cristianas presentaban de deponer el poder turco y conquistar los lugares sagrados. Aranda es partidario de esta solución y lo expresa de manera explícita en su obra al hablar de la vera cruz y de otras reliquias: «Espero en Dios que presto nos será de la mano de Dios restituida viniendo nuestro Carlos quinto católico y victoriosísimo emperador al Gran Turco, y ganando esta tierra y casa sancta»<sup>20</sup>.

Por otro lado, en el quinto capítulo de la segunda parte de la *Verdadera información...*, el franciscano enumera los santuarios que considera dignos de memoria y que se encuentran fuera de la Tierra de Promisión, y hace especial hincapié en la ciudad de Beirut. Al hablar de la devoción que los moros de aquella ciudad profesan a San Jorge, Antonio de Aranda afirma que, si los cristianos logran apoderarse de este dominio, aquellos recibirían fácilmente el bautismo y, aún más, que es tan grande la amistad que los une a los frailes, que ambos se miran y guardan como a propios hermanos<sup>21</sup>. Unas líneas más adelante, también anuncia que, en ciertas ocasiones, los moros visitaban al guardián del convento con algún hijo enfermo en los brazos rogándole lo santiguase con la señal de la cruz, que es uno de los ritos cristianos que los seguidores de Mahoma más aborrecen. Estas declara-

<sup>20</sup> Aranda, *Verdadera información...*, fols. 42v-43r.

<sup>21</sup> Aranda, *Verdadera información...*, fol. 102r.

ciones, como puede apreciarse, ponen de relieve la buena convivencia que en algunos de los territorios orientales se guardaban los miembros de ambas religiones.

Tampoco se debe pasar por alto que, durante la estancia de Aranda en la ciudad de Trípol de Suria, los frailes visitaron en compañía de unos mercaderes una fuente que se encontraba debajo de lo que antes se erigía como iglesia, y que en aquel tiempo se había reconstruido en mezquita. La fuente había formado un estanque repleto de peces que los religiosos contemplaban cuando se acercaron a ellos dos turcos que, con acémilas y odres, llevaban agua a unas huertas donde se encontraba el bajá de Trípoli de Siria<sup>22</sup>. Uno de ellos saludó a la comitiva de religiosos en italiano, a lo que Aranda respondió preguntándole por su procedencia. El desconocido le contestó que era de Nápoles, y que hacía ya seis años que los turcos habían tomado su navío y lo mantenían cautivo, y que entre los más de trescientos caballeros que se hallaban en la comitiva del bajá, no había ninguno que no fuera cristiano. Añadió, finalmente, que todos ellos esperaban la venida del emperador a aquellas partes para la restitución de la libertad que se les había arrebatado<sup>23</sup>.

Pero el último fragmento que resulta conveniente destacar se encuentra un capítulo más adelante, donde Aranda describe la disposición del monte Líbano y habla sobre la nación cristiana que allí habita: los maronitas. Al conversar con el patriarca de estos religiosos, este le facilitó información que, sin duda, sería de gran ayuda en el caso de querer emprender una hazaña bélica en contra del imperio otomano:

Son tantos [los maronitas] que me dijo el patriarca (y aun en gran secreto, ca habla un poco italiano) que, ofreciéndose necesidad, él tenía a su mano y obediencia en favor del ejército cristiano que acá pasasen mil

<sup>22</sup> Aranda permite conocer el modo en que el turco tenía regulados sus dominios. Los gobernadores de la Tierra Santa aceptaban el señorío de una ciudad a cambio de donar anualmente cierta cantidad de ducados al Gran Turco, que era la autoridad suprema en cuyo yugo subyacía la totalidad de los habitantes residentes en aquellas tierras. Entre ellos, existían diferentes dignidades: el regidor de el Cairo o de Damasco, por ejemplo, ostentaba el título de baja; el señor de Jerusalén, en cambio, debía obediencia a los anteriores, y recibía el nombre de *santjaque*; mientras que el lugarteniente de estos territorios era conocido como *subasi*. Ver Aranda, *Verdadera información...*, fol. 51v.

<sup>23</sup> Aranda, *Verdadera información...*, fol. 105r.

hombres que fuesen a tomar arco y saeta y rodela y cimitarra, que estas son las armas que usan<sup>24</sup>.

En su artículo, Augustin Arce proporciona datos que ayudan a comprender mejor estas palabras del autor. El investigador comenta que, en marzo de 1527, cuatro años antes de que Antonio de Aranda completara su peregrinación a Tierra Santa, los arzobispos maronitas organizaron un encuentro en el monasterio de Canubín, y que en esta reunión se redactó una carta que tenía por destinatario al emperador Carlos V. El mensaje que los religiosos enviaron a su majestad suponía una petición para que este último destinara sus tropas y embarcaciones a territorio oriental y, así, sus soldados se uniesen al ejército que los maronitas estaban disponiendo para terminar con la tiranía del Gran Turco<sup>25</sup>. Cuando Antonio de Aranda se reúne con el patriarca de los maronitas, este le confiesa la conveniencia de hermanar ambos ejércitos para derrocar a su enemigo común y, en «gran secreto», le refiere los datos que se han consignado en la cita anterior.

En definitiva, son varios los pasajes que se han mencionado para justificar la teoría según la cual Antonio de Aranda habría viajado hasta Alemania a reunirse con el emperador para notificarle los aliados con los que podría contar en Tierra Santa en el caso de querer emprender la conquista de aquellos lugares. Aunque actualmente no se disponga de ningún documento que certifique esta hipótesis, resulta creíble aventurar que la información que el franciscano debía proporcionar al emperador no era otra que los medios de los que disponía en Oriente para afrontar las dificultades de tal empresa. Con la colaboración de los cristianos residentes en Tierra Santa, y junto a los maronitas que se unieran a la causa, Carlos V podría emprender una operación conjunta que liberara a los habitantes de los santos lugares del yugo del imperio turco, proyecto que contaba además con la aprobación de moros y judíos, que esperaban con ansias la llegada de un libertador que terminara con la tiranía en aquellas tierras.

<sup>24</sup> Aranda, *Verdadera información...*, fols. 107r-107v. Pedro Manuel de Urrea, al hablar de esta nación cristiana, destaca sus cualidades como guerreros: «Mucho número dellos hay, los cuales son diligentes en la guerra. Usan lo más arcos y saetas y tienen costumbres de latinos» (*Peregrinación de las tres casas sanctas de Jherusalem, Roma y Santiago*, II, p. 202).

<sup>25</sup> Arce, 1975, p. 458.

Por tanto, a lomos de las cabalgaduras que les habían sido facilitadas en Padua por el embajador Rodrigo Niño, Aranda y fray Miguel de Aquís, su compañero de viaje, pusieron rumbo a Alemania y, terminada su misión, regresaron posiblemente a Italia a anunciar a fray Bautista de Macerata, guardián del Monte Sión, que por aquel año ya debió de cumplir su trienio en Jerusalén, los pormenores de la misión que les había encomendado. Finalmente, cumplida su labor en Venecia, el franciscano volvió a su España natal, donde residiría hasta el final de sus días en 1555.

### 3. CONCLUSIONES

El libro de peregrinación de Antonio de Aranda se concibe actualmente como una guía para futuros viajeros. La obra desea referir toda la información posible concerniente a los santos lugares y se ve enriquecida con sentencias eruditas de importantes personalidades de la Iglesia o con alusiones a determinados acontecimientos bíblicos sucedidos en los espacios que se aluden en la narración. El resultado es un tratado informativo que recoge datos históricos y geográficos sobre los emplazamientos que el autor va visitando. Como se ha podido comprobar, Aranda no logra cumplir con su propósito de ceñirse exclusivamente al contenido religioso. La clave de su éxito se encuentra en el hecho de que va esparciendo por sus páginas un conjunto de noticias de diversa índole que debieron sorprender a los lectores de su tiempo. Por ejemplo, compara los edificios orientales con la arquitectura hispánica, describe la fauna y flora locales, o le llaman la atención las costumbres de las otras comunidades que habitan en Jerusalén.

Por otro lado, su producción destaca por haber sido publicada en una etapa histórica caracterizada por los constantes enfrentamientos entre la Iglesia católica y los movimientos reformistas. Y, por si esto fuera poco, no hay que olvidar la importante misión diplomática que le fue asignada y su comparecencia ante el emperador Carlos V. Su labor política sin duda influyó en el contenido de su tratado, pues al conocer los pormenores de su nuevo cometido, el texto sin duda se vería alterado con información que le sería provechosa para el cumplimiento de su deber. Por tanto, además de su valor literario, la obra del franciscano destaca también, como se ha pretendido demostrar, por aportar información competente a múltiples materias: desde la

más exclusivamente religiosa, hasta la cultural, histórica o geográfica, y sin olvidar incluso la gastronómica, la arquitectónica o la política.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARANDA, Antonio de, *Verdadera información de la Tierra Sancta, según la disposición en que en el año de mil y quinientos y treinta el auctor la vio y paseó*, Toledo, Juan Ferrer, 1550-1551.
- ARCE, Augustin, «Misión de Fray Antonio de Aranda a Carlos V, 1531», *Archivum Franciscanus Historicum*, 68, 1975, pp. 433-463.
- CALAHORRA, Fray Juan de, *Crónica de la provincia de Siria y Tierra Santa de Jerusalén. Contiene los progresos que en ella ha hecho la religión seráfica desde el año 1219 hasta el de 1632*, Madrid, Juan García Infanzón, 1684.
- CASTRO, Manuel de, «Fr. Antonio de Aranda, O.F.M., confesor de doña Juana de Austria», *Archivo Ibero Americano*, 2.<sup>a</sup> época, 37, 1977, pp. 101-123.
- DÍAZ Y DÍAZ, Manuel Cecilio, «El peregrino», en Paolo G. Caucci Von Sauken (coord.), *El mundo de las peregrinaciones. Roma, Santiago, Jerusalén*, Madrid, Lunweg Editores, 1999, pp. 39-56.
- GARCÍA BARRIUSO, Patrocinio, *España en la historia de Tierra Santa: obra pía española a la sombra de un regio patronato (estudio histórico-jurídico)*, tomo I, Siglos XIV, XV, XVI y XVII, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1992.
- LAMA, Víctor de, *Urbs beata Hierusalem: los viajes a Tierra Santa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Biblioteca Nacional de España, 2017.
- REDONDO, Augustin, «Devoción tradicional y devoción erasmista en la España de Carlos V. De la *Verdadera información de la Tierra Santa* de Antonio de Aranda al *Viaje de Turquía*», en *Revisitando las culturas del Siglo de Oro. Mentalidades, tradiciones culturales, creaciones paraliterarias y literarias*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2007, pp. 83-106.
- RUCQUOI, Adeline, «Peregrinos de España a Jerusalén y Roma (siglos X-XIII)», en Paolo G. Caucci Von Sauken (coord.), *Peregrino, ruta y meta en las «peregrinatio maiores»*. VIII Congreso Internacional de Estudios Jacobeos, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2012, pp. 41-60.
- URREA, Pedro Manuel de, *Peregrinación de las tres casas sanctas de Jherusalem, Roma y Santiago*, ed. de Enrique Galé, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008, 2 vols.